

# El avión como elemento literario

Por M. IRIBARREN

En frase de Ernesto Renán: "La mayor ventaja será pasar por este planeta lo más tarde posible."

El célebre y ya un poco desprestigiado pensador francés, en línea divergente con la trayectoria lógica de la razón, se desvió de la piedad hacia la incredulidad. Por eso aferrábase a las posibilidades de la vida, con manifiesta profesión de fe en los destinos del progreso humano.

No cabe duda que el futuro reserva al hombre grandes y gratas sorpresas. Así en lo material como en lo psíquico. Pero tampoco cabe duda que el disfrute de esas sorpresas o conquistas se verá conturbado por una serie de arduos problemas que traerán consigo aparejada.

Si la vida es camino a recorrer, andadura de emociones y de acciones—malas o buenas—en el espacio y en el tiempo, no podemos menos de reconocer que la longevidad humana ha alcanzado, en virtud de los modernos medios de locomoción, cifras que ni los patriarcas bíblicos pudieron soñar. Aumentada la capacidad de desplazamiento del hombre en proporción geométrica, apenas si ocupa hoy unas vacaciones de verano lo que ayer llenaba toda una vida. El mundo resulta ya pequeño para las ambiciones del motor.

Cuando pensamos que, hace poco más de una centuria, una diligencia tardaba veinte días en recorrer la distancia comprendida entre Madrid y la raya pirenaica de Francia, nos asombramos de la rápida transformación que ha tenido que experimentar la sensibilidad humana y sus facultades imaginativas. Vive el hombre moderno, sensorialmente, como veinte veces, y más, que el hombre antiguo. Para comprobarlo basta montar a bordo de cualquier avión y situarse sobre el panorama geográfico del mundo, que es, al mismo tiempo, historia, paisaje y civilización. La noción de velocidad ha roto con los moldes de la metáfora clásica.

\* \* \*

Desde Homero hasta nuestros días, como quien dice, sin excluir la hipérbole romántica, poetas y escritores, al ponderar la rapidez de las cosas o el vuelo de las ideas, han aludido, con pretendida exageración, al galope del caballo, de alborotada crin, a la ligereza del antilope y, cuando más, a la velocidad del viento. Un bachiller cualquiera sabe hoy que el viento, aun en su forma huracanada, rara vez excede de los treinta metros por segundo, o sea de los cien kilómetros a la hora. Si se compara esta velocidad con la media que alcanza un trimotor del servicio de viajeros, en seguida se advierte la enorme desproporción que existe entre la realidad actual y la metáfora antigua.

Incluso resulta que los dioses del Olimpo tenían monta-

do un servicio de comunicaciones—al frente Mercurio, con la categoría de postillón de diligencia o peatón de Correos—, cuya celeridad burlaría el más lento y crepitante *Breguet*.

Aviones y pilotos reclaman para sí el monopolio expresivo del símbolo de la velocidad. En el libro y en la vida, en la poesía y en la prosa. Como elementos literarios, indispensables para la interpretación de la vida moderna, se impone su inmediata incorporación a la novela contemporánea, con mengua de la psicología quizá, pero en beneficio de la acción. El avión, precipitando desenlaces, y el piloto, imposibilitando falsas situaciones de folletín, habrán de influir poderosamente en la técnica, trama y enlace gramatical de las narraciones futuras.

Hace ya tiempo que el cine utilizó, con notorio éxito, sus posibilidades emotivas.

\* \* \*

La novela del porvenir hará del avión no sólo un medio de transporte material e intelectual, sino una cantera de bellas imágenes. Y así como el brioso corcel aparece adscrito a los libros de Caballerías, así también el avión, en su vértigo totalitario, articulará la novela del mañana y moverá sus personajes—excepción hecha del campesino, cuya vida no cambia nunca—sobre el delimitado haz de la tierra.

Cada ciclo novelesco, cada maestro de la injustamente llamada literatura de imaginación, cuenta con su vehículo peculiar. Goletas y bergantines de vistosos aparejos surcan las encantadoras páginas de Stevenson, con la elegancia que surcaron las procelosas aguas del Pacífico. Democráticas diligencias, cubiertas de polvo, recorren los plácidos caminos de la Inglaterra victoriana que nos describe Dickens. Ligeros tilburis y discretos fiacres ruedan por las provincianas calles del París de Balzac y de Flaubert. Modestos vapores mercantes llevan la inquietud de Pierre Loti por todos los rincones del mundo. Resbalan cascabeleros troikas por los atormentados capítulos de Dostoiewski. Lanzan redentores bufidos los asmáticos ferrocarriles del siglo de las luces, en las recias y descarnadas elucubraciones de Zola. Los grandes trasatlánticos y los lujosos surexpresos se muestran propicios a las musas de Farrere y de Morand. Y el veloz automóvil ha dejado su impronta en el nervioso estilo impresionista—periodístico—de un Sinclair Lewis.

El progreso mecánico del hombre es incontrastable. No así su progreso moral. La humanidad usufructúa las ventajas materiales de la civilización con estúpida inconsciencia las más de las veces. Algo así como si las teorías surgieran por generación espontánea. Como observa, agudo y perspicaz, Ortega y Gasset: "Lo civilizado es el mundo, pero su habitante no lo es; ni siquiera ve en él la civilización, sino que usa de ella como si fuese naturaleza."